

Domingo IV de Pascua (C)
Centenario de la Unión “Antics Escolans de Montserrat”
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
21 de abril de 2013
Jn 10, 27-30

El cuarto domingo de Pascua está centrado en la figura del Buen Pastor. Es una imagen sugestiva, bien arraigada en la tradición bíblica, que Jesús se aplica a sí mismo. Y además, hermanos y hermanas, es una imagen que resulta más intensa si consideramos, como decía la última frase del Evangelio, que el Buen Pastor es *uno* con *el Padre*, y, por tanto, que todo lo que transparenta Jesús, el Buen Pastor, es transparencia de Dios. Dios es y actúa tal como lo hace el Buen Pastor. Y aquí hay que entender que la palabra tiene un sentido figurado. No estamos hablando de un pastor de ovejas en sentido literal. Estamos hablando del Pastor de la humanidad. De aquel que, por amor, quiere guiarla y alimentarla. A veces, algunas imágenes nos han presentado la figura del Buen Pastor un poco azucarada, sentimental. En cambio, el evangelio nos la presenta de una manera vigorosa. Empezando por el nombre mismo. El texto original griego del evangelio se puede traducir de dos maneras complementarias, pero cada una de ellas muy significativa (cf. Jn 10, 11). Allí donde hablamos del Pastor Bueno, del Pastor más bondadoso y excelente que puede haber, podemos hablar, también, del Pastor Hermoso, noble, atrayente por su personalidad, por su manera de hacer, por su palabra, por su comprensión, por su misericordia.

El evangelio que acabamos de escuchar -que es sólo un fragmento del capítulo dedicado al Buen Pastor-, resalta algunos aspectos de la bondad y de la hermosura que encontramos en Jesús resucitado como pastor. Empezando por la sintonía que se crea entre *la voz* de Jesús y el anhelo profundo de las personas que la escuchan. Cuando uno es un hombre o una mujer de deseo, cuando uno anhela la felicidad en plenitud y la vida sin merma, fácilmente sintoniza con las palabras de Jesús porque encuentra que le llenan y le dan sentido, y prescinde de la palabrería que deja vacío el corazón. Los que han descubierto a Jesús -¡los que hemos descubierto a Jesús!- reconocemos su *voz*, encontramos una plenitud que nos cura y unifica por dentro, que nos abre a la esperanza y nos anima a hacer realidad el proyecto evangélico a favor de cada persona y de la unidad en la pluralidad de los hijos e hijas de Dios (cf. Jn 11, 52).

No sólo se da una sintonía entre la palabra de Jesús y el anhelo humano, sino que se establece -tal como decía el Evangelio- un conocimiento mutuo: *yo las conozco, y ellas [las ovejas, las personas] me siguen*. Encontramos aquí dos verbos importantes en el lenguaje bíblico: conocer y seguir. El conocimiento supone amor e intimidad, Jesús ama a los que se le abren, les hace entender la expresión suprema de su amor que es haber dado la vida por ellos en la cruz, y establece con ellos una relación de confianza y de amistad. Esta relación que podemos establecer con Jesús tiene su fuente en el amor que une al Padre y al Hijo (cf. Jn 10, 15). Y cuando hemos descubierto cómo Jesús nos conoce, cómo nos ama, cómo nos comunica el amor del Padre, queremos seguirle, es decir, queremos hacernos discípulos suyos, para aprender de él, para ir con él porque encontramos unos horizontes nuevos y entusiasmantes.

Esta relación de conocimiento y de seguimiento, decía todavía el corto fragmento evangélico de hoy, da *la vida eterna*. En otras palabras, esta relación lleva a vivir con plenitud, con el corazón ensanchando, en la alegría que viene de Jesús y que el Espíritu Santo nos infunde; lleva a sabernos amados por Jesús y por el Padre y a tener una visión de la realidad personal y colectiva desde el amor de Dios. Eso que se inicia aquí, en esta vida, continuará para siempre, más allá de la muerte. ¿No me diréis que no se hace atrayente este Pastor bueno y fiel que responde a nuestros

interrogantes y sacia nuestros deseos más profundos y a la vez nos asegura su fidelidad y su sostenimiento hasta que llegamos a participar para siempre de su vida de resucitado?

Los que hemos descubierto a Jesús como Buen Pastor, como el Pastor Hermoso y atrayente por su palabra y por todo lo que nos ofrece, nos brota del corazón aclamarle *con alegría*, con expresiones de *alegría*, tal como cantábamos en el salmo responsorial (Sal 99, 2), porque nos ofrece una visión de la realidad plena y esperanzadora, incluso cuando hay sufrimiento o cuando la muerte se nos presenta de una manera u otra. Le aclamamos con cantos y no sólo con palabras, porque el canto tiene una capacidad expresiva que toca más íntimamente a las personas y llega más allá de donde llegan las palabras dichas. Por un lado, el canto nos ayuda a expresar ante Dios, con una fuerza particular, los sentimientos más profundos que nos suscita el texto cantado, que en la liturgia normalmente es un texto bíblico. Y, por otro, la música, con su desarrollo de notas, nos ofrece la posibilidad de penetrar más intensamente con la inteligencia y con el corazón el texto cantado y así nos facilita interiorizar la Palabra de Dios.

En el proyecto educativo de la Escolanía, que tiene muchos siglos de historia, y según la sensibilidad de cada momento, hemos querido presentar siempre a nuestros Escolanes la figura atrayente de Jesús para que hagan la experiencia de saberse amados por él y le dejen entrar en su propia vida, convencidos de la riqueza humana y espiritual que les aportará. Precisamente la persona de Jesús y la de su Madre, María, que le ha llevado al mundo, son la razón de los *cantos* de la Escolanía, de toda su vivencia musical y del mensaje que a través de la música comunican a miles y miles de personas. Porque la música, también la que no va acompañada de texto, ayuda a acercarse a la trascendencia y a hacer una experiencia intensa del misterio de Dios revelado en Jesucristo. Es bueno recordar esto hoy que celebramos el centenario de la Unión de los "Antics Escolans de Montserrat". Los antiguos Escolanes que hoy estáis aquí y los otros que no han podido estar, habéis seguido un itinerario personal concreto desde la salida de la Escolanía. Y a nivel de ideas y de reflexión habéis evolucionado, también en cuanto a la dimensión religiosa que vivisteis cuando estabais en la Escolanía. Todos los itinerarios existenciales son respetables. Pero, desde la perspectiva cristiana, puedo decir que Jesús, el Buen Pastor, ha sido siempre solícito con vosotros y ha continuado ofreciéndoos su amistad. Y, precisamente debido a la estima que os tiene, respeta vuestra libertad de conciencia. Hoy, además de reencontraros ante la Santa Imagen de la Moreneta, que tantas veces alabasteis con vuestros *cantos*, experimentáis la alegría de formar parte de la gran familia de los Antiguos Escolanes de Montserrat; una familia que comparte unos valores humanos, evangélicos y cívicos recibidos en la Escolanía y que habéis de poner al servicio de los demás, y de un modo particular, dado el momento presente, al servicio del pueblo de Cataluña.

Damos gracias a Dios por toda la tarea de formación y de irradiación que se ha hecho en estos cien años de vuestra Unión, que desde el Monasterio y desde la Escolanía valoramos y seguimos con interés. Que Santa María, a quien habéis cantado tantas veces, os proteja a vosotros y a vuestras familias; que proteja vuestras actividades y haga fecundo el mensaje que muchos de vosotros continuáis transmitiendo a través de la música.

Ahora, en la Eucaristía, el Buen Pastor, el Pastor Hermoso, que es Jesús, se hará presente para renovarnos su fidelidad y ofrecernos su *vida* que da sentido y vigor a la nuestra. Acojámoslo *con alegría*, porque *su misericordia es eterna, su fidelidad por todas las edades* (cf. Sal 99, 5).